

La juventud marginal como protagonista: Bernardo Kordon, el escritor de las minorías.

Gasillón, María Lourdes.

Cita:

Gasillón, María Lourdes (2017). *La juventud marginal como protagonista: Bernardo Kordon, el escritor de las minorías*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/117>

Mesa 19. Jóvenes y juventud en el siglo XX. Actitudes, emociones políticas y prácticas culturales

La juventud marginal como protagonista: Bernardo Kordon, el escritor de las minorías

María Lourdes Gasillón

Universidad Nacional de Mar del Plata-CELEHIS-CEHIS

“PARA PUBLICAR EN ACTAS”

1. La juventud marginal

Nuestro trabajo tiene como objetivo analizar tres textos narrativos del escritor argentino Bernardo Kordon (1915-2002), cuyo rasgo común es la elección de protagonistas jóvenes y espacios marginales de la sociedad porteña en los años `60 y `70, es decir, se representan imágenes de personajes pertenecientes a clases sociales habitualmente poco consideradas por las mayorías culturales y sociales.¹ Por ende, el autor los “retoma” del margen y los convierte en protagonistas centrales de sus “relatos” lineales para construir imágenes propias de “lo diferente”.²

Así, en el cuento “El remolino” (1972), esta palabra adquiere diferentes significados, pues aparecen dos *remolinos*: uno, vinculado a la vida tranquila del campo,

¹ Siguiendo la propuesta de Sandra Souto Kustrín, la categoría de “juventud” es una construcción social e histórica, además de tener en cuenta el componente biológico. Así, “se puede definir la juventud como el periodo de la vida de una persona en el que la sociedad deja de verle como un niño pero tampoco le da un estatus, funciones y papeles completos de adulto. Su forma, contenido, duración y periodo en el ciclo de la vida son diferentes y determinados por las distintas culturas y sociedades. En términos de conducta, se define por los papeles que se espera que la persona desempeñe, los que se le permiten, aquellos a los que se les obliga o se le prohíben. Pero el desarrollo de la juventud como un grupo de edad definido no es un fenómeno universal, sino que depende de su localización histórica y del modo en que «la juventud» es construida en una sociedad”. Souto Kustrín, Sandra. “«El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes». Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez* [En ligne], 2004, 34-1; 180-181. Disponible en: <http://mcv.revues.org/1190>. Asimismo, “tanto Hall como Ana Freud, influida por éste, definieron a la juventud como un fenómeno universal caracterizado por una serie de cambios físicos y psicológicos, por fenómenos de rebelión y diferenciación de la familia de origen [...], que marcaban el pasaje de la infancia a la vida adulta ‘normal’ signada por la conducta heterosexual, la formación de la propia familia y la integración productiva al mundo social (Bonder, 1999). Aberasturi (1985) afirma a su vez que la adolescencia es un período de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso, que se caracteriza por fricciones con el medio familiar y social”. Alpizar, Lydia y Bernal, Marina. “La construcción social de las juventudes”, en *Última década*, N° 19, CIDPA Viña del Mar, noviembre 2003; 108.

² Sebrelí, Juan José. “Los relatos de Bernardo Kordon”, en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997; 139-155.

la buena pesca, lo inofensivo y la infancia; otro, tiempo después, ligado a la multitud, el movimiento giratorio, el torbellino, el peligro, la velocidad, el tiempo fugaz y la desaparición en la gran ciudad, que atrapa a estos personajes que deben subsistir como sea. En este sentido, se alude a la migración de los habitantes de las provincias a la Capital Federal en busca de un trabajo digno y bien remunerado. No obstante, aquí se relata un ejemplo específico –que tiene un tono de generalidad–, cuya protagonista es Hermenegilda, una joven del interior con piel oscura que se dedica a la prostitución:

Pero el Beto nunca le dijo que la llevaba allí para aprovecharla, sino que le enseñó: –Ahí donde el remolino la pesca es mejor.

Aquí en la ciudad encontró el remolino en las estaciones ferroviarias, en algunas plazas y en muy pocas calles. La multitud era un cuerpo cerrado y aplastado, igual que el río, tan ajena a su carne y a su pensamiento como fue el río de su infancia. Pero de pronto esa multitud compacta y hostil entraba en un remolino, girando en un movimiento que permitía penetrar en esa masa cerrada y tomar contacto con tanta ajenidad. [...] El remolino traía peces y también la muerte al menor descuido. Aquí en la ciudad el peligro se dice hacer bandera, es decir llamar la atención. El remolino humano trae solitarios hombres-peces, secos bagres o grasosos pacús, pero también tiras pechadores y charlatanes de vana degeneración que preguntan y desaparecen.³

El narrador en tercera persona –omnisciente en algunas partes, cuando describe las impresiones del cliente de Hermenegilda– relata los hechos (desde el punto de vista de un porteño) con precisión espacial, ya que hace referencias concretas y reales a calles y barrios de Buenos Aires, matizándolos con la descripción minuciosa del encuentro de la prostituta con el cliente y sus asesinos, y el diálogo entre los personajes de ambas situaciones. El primero de estos núcleos narrativos focaliza el detalle del cuerpo visto como un objeto sexual de compra y venta, que sirve para satisfacer al hombre por un instante:

Con el gesto automático del cierre relámpago se quitó el vestido y quedó en calzones y sostén blancos que contrastaban con el cuerpo cobrizo, casi negro. [...] Negra con pies grandes y piernas anchas, de niñez descalza y caminadora. Al soltarse el corpiño resbalaron los pesados pechos de enormes pezones morados. Aquello prometía como un inerme objeto sexual si no fuese que negro sobre negro, los ojos de la mujer relucían como dos animalitos indóciles y vigilantes. Esa mirada resultaba contradictoria con el cuerpo abundoso y quieto: esa mirada era el remolino negro y profundo de un río chato y calmo.⁴

³ Kordon, Bernardo. “El remolino”, en *Un poderoso camión de guerra*. Buenos Aires: Blatt & Ríos, 2015; 219-220.

⁴ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 221.

En la anterior cita y a lo largo del relato se pone el énfasis en la negrura de la piel de la muchacha que intriga y atrae al hombre en principio, pero luego esa condición le provoca repulsión al darse cuenta de que estaba con una “cabecita negra”: una expresión que durante la época del presidente Juan Domingo Perón, en Argentina, se utilizaba para hacer referencia a la gente de las provincias que se trasladaba masivamente hacia la capital argentina en busca de trabajo. Hay una contraposición fuerte en el discurso del narrador cuando caracteriza al porteño (con cualidades positivas) y al provinciano, quien encarna lo negativo, lo oscuro, lo maligno porque viene a “quitar” las oportunidades laborales a los blancos, a robar y a hacer daño:

El tipo la miró con resentimiento:

–¿Cabecita, eh?

Cabecita, cabecita negra, salida de la tierra y color tierra como un gusano, el pensamiento torcido de quien viene a arrebatar la tranquilidad y los bienes y hasta la salud del hombre blanco de la ciudad.

–¿Cabecita, eh?⁵

Esta clase de inmigrante comienza a instalarse en la ciudad-puerto durante las últimas décadas y cuenta con derechos constitucionales, pero el ciudadano capitalino lo desprecia, oprime y descalifica agresivamente:⁶

Merodeadora solapada, patas polvorientas de tierra adentro. El porteño es limpio, rosado, rico, hospitalario. Su ciudad fue el templo de virtudes consagradas en todo el mundo, hasta que el cabecita trajo la doblez, la rapiña, el resentimiento social, todo aquello oscuro como su piel.⁷

Algo similar ocurre hacia el final en el encuentro casual y peligroso de la mujer con unos agresores desconocidos, quienes por efecto de la droga o simplemente por humillarla, le roban su dinero, la insultan y la matan sin piedad:

–Mostrale el bufoso a la negra para que aprenda. [...]

–Ya te dije que te conviene.

Empujó a la mujer por la puerta trasera del coche.

–Está bien –aceptó ella–. Pero hacé pronto.

Se quitó el vestido y con él envolvió la cartera para esconderla. Temía que esos tipos le robaran, justo en la noche que traía más plata que nunca.

–Dejá esa negra de mierda y vamos a la Panamericana –se lamentó el flaquito– [...].

⁵ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 222-223.

⁶ Sebrelí, Juan José. “Los relatos de Bernardo Kordon”. Ob. cit.; 150-151.

⁷ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 223.

–Largá esa cabecita –rogó el flaquito–. No es para nosotros.⁸

Por otra parte, en su trabajo cotidiano ella interpreta un papel frente al cliente a cambio de dinero, limitándose a decir lo estrictamente necesario y resguardando su verdadera identidad a través de mentiras que la definen como una *cuentera*, al igual que otros tantos personajes en la narrativa kordoneana que mienten y/o actúan para lograr sus objetivos. En definitiva, expresa datos falsos para construir su doble o alter-ego:

–¿De dónde sos? [...]

–De aquí cerca: santafecina soy.

Podía decir chaqueña o formoseña para mayor exactitud, pero prefería quedarse por ahí nomás: santafecina le gustaba, algo más cristiano que decir chaqueña.⁹

–¿Cómo te llamás? –preguntó el hombre en otro vano intento de detener el vórtice del remolino que ya lo tragaba.

Mientras se ponía los zapatos ella dijo Nelly o Betty, cualquier nombre de batalla que no significaba gran cosa y totalmente ajeno a las piernas macizas, a esa carne morena que igual que un sol iluminaba esa pieza con mayor intensidad antes de desaparecer.¹⁰

Además, aparece el lenguaje coloquial rioplatense de clase baja o medio-baja al que pertenece esta mujer (como por ejemplo, cuando la madre le pregunta: “–¿Anduvistes con ese atorrante del Beto?”¹¹) y ciertas convenciones de época que ella debe respetar debido a su condición femenina e inferior; por ejemplo, ubicarse en la parte de un café destinada a las familias:

Vio una mesa recién desocupada en el café de Pueyrredón y Sarmiento y allí se sentó. Era el reservado para familias, caso contrario no se hubiera atrevido a entrar. [...] Resultaba impropio que una mujer entrara en el café repleto de hombres. Otra cosa era en el reservado para familias.¹²

Los personajes a los que afecta el *remolino* de la ciudad son mayormente los marginados sociales que realizan trabajos fuera de la ley o del código de la burguesía, cuya vida es fragmentaria ya que no tienen una relación fija con nadie o un hogar

⁸ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 225-226.

⁹ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 221.

¹⁰ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 222.

¹¹ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 219.

¹² Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 223-224.

determinado para vivir.¹³ Estos nómades, como la protagonista, recorren la urbe e intentan evadir así su soledad. En el relato analizado, se trata de un personaje doblemente desplazado: prostituta y *cabecita negra*, quien camina mucho por los barrios y, finalmente, intenta llegar a su vivienda, también ubicada en un espacio totalmente marginal (la villa) y alejado del centro (el suburbio o arrabal):

No temió como otras veces llegar tarde a la villa donde vivía. Resolvió dar otra vuelta antes de volverse a casa. Le tocó caminar mucho. El remolino de la estación Once abarcaba la avenida Pueyrredón hasta llegar a Corrientes, y por Rivadavia hasta Congreso. [...] Remolino de Plaza Flores, y seguía girando con mayor volumen y velocidad en Liniers.¹⁴

2. Buenos Aires: ¿ciudad de oportunidades?

El tema del viaje de las provincias hacia la gran ciudad en busca de nuevas oportunidades nuevamente es el tópico central del cuento realista “Fuimos a la ciudad” (1966). En este caso, de manera similar a la temática de un tango de principios de siglo, se narran las peripecias de Florinda, una muchacha del interior que quiere progresar y cambiar de vida, y su familia; para lograr su objetivo, abandona su hogar marcado por la escasez de recursos y a su antiguo “amigo” —el Cholo—, para ir a Buenos Aires (al igual que Hermenegilda, la protagonista del cuento anterior), pero allí cambia su personalidad y apariencia, según el narrador, para adaptarse a un ambiente social diferente del que proviene. Este personaje femenino, como también la madre y sus hermanas, es visto negativamente por el narrador, quien está relacionado afectivamente con ellas pues es su hermano menor. Así, esta primera persona protagonista se construye discursivamente como un “buen hijo” que no abandona a su padre discapacitado a pesar de vivir unos días en Buenos Aires y, por eso, se diferencia de las mujeres ingratas, insensibles y astutas que lo rodean:

También dijo que el viejo no perdonaba a Florinda; ya no se vendía tanto y no era lo mismo, porque una muchacha que sale de noche a ofrecer quesillos al paso del tren puede vender mejor y siempre encuentra el modo de conseguir una ayudita más. Por eso el viejo andaba sentido de tanta ingratitud y sólo quedaba yo para traer unos pocos pesos que cada día alcanzaba para menos. Mi hermana contestó que el viejo era un egoísta, que nunca le importó que sus hijas anduvieran sin zapatos y se les formaran costras en las patas, y por eso se fueron todas. Que quizá yo me

¹³ Sebrelí, Juan José. “Los relatos de Bernardo Kordon”. Ob. cit., 164-167.

¹⁴ Kordon, Bernardo. “El remolino”. Ob. cit.; 224.

quedara, pero solamente hasta que me hiciese grande, y eso porque era muy pelotudo, pues a mi edad otros chicos del pueblo sabían rebuscárselas muy bien y sin ayuda de nadie, y yo apenas si sabía malvender y dejarme robar los quesillos más frescos del pueblo.¹⁵

–Ahora me voy con Florinda y mamá. Mañana viene la Hortensia y el Pancho. Les expliqué que usted queda solo. Me prometieron acompañarlo a la estación todos los días. Así lo ayudan, porque de algo tiene usted que vivir. Eso les dije y me prometieron venir todos los días. Entonces dejó de hacerse el dormido y me dijo que yo era un buen hijo.¹⁶

–Nada –le respondí–. ¡Y yo que quise darle la sorpresa de volver para ayudarle!
–Hubiera sido lindo para él –dijo el Pancho–. Eso justamente lo tenía jodido: que lo dejaron solo.¹⁷

A lo largo del relato, desde una perspectiva muy subjetiva, el narrador contrapone el accionar y las actitudes de las mujeres de la familia con las suyas y las de su padre, quien se “hace el dormido”, no habla mucho y prefiere quedarse en su pueblo en soledad. En su discurso, domina un lenguaje coloquial de clase baja, un vocabulario grosero que incluye “malas palabras” y el uso de expresiones incorrectas que utiliza con frecuencia:

–Ahí está la Florinda –me dijo–. Tus otras hermanas se fueron para siempre. ¿A qué mierda volvió ésta?¹⁸

–Voy a la estación con los quesillos.
Entonces el viejo me miró, creo que con agradecimiento, y eso me llenó de orgullo. Invité a mi hermana.
–¿Me acompañás?
–¿A dónde? –y se le torció la jeta pintada.
–A la estación.
–¡Estás loco!¹⁹

–Para empezar la Herminda nos ofrece su casa. ¿Qué más quieren? En su lugar otros estarían bailando en una pata. Allí hay trabajo y plata para todos. Mi padre no dijo nada. Agarró la muleta y salió afuera. Nadie le hizo caso. Mi madre me reclamó la plata. La contó y le pareció muy poca.
–¿No vendistes nada?
Tuve que decirle que me habían robado algunos quesillos. Y que cuando llegó el tren yo estaba en la punta de la estación, porque me dolía la barriga, y entonces los otros vendedores me madrugaron.

¹⁵ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”, en *Un poderoso camión de guerra*. Buenos Aires: Blatt & Ríos, 2015; 26-27.

¹⁶ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 34.

¹⁷ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 40.

¹⁸ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 27.

¹⁹ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 29.

–¿No te dije, mamá? –explotó mi hermana–. ¡Es muy pelotudo!²⁰

Los personajes femeninos, en cambio, anhelan cambiar su situación económica y salir de un lugar que no los atrae. Con insistencia, este hermano menor manifiesta recelo y rencor hacia su madre y hermanas debido a que permiten que lo maltraten o cuando lo subestiman al hablar sobre él y su poca perspicacia a la hora de obtener ingresos. Este muchacho debe vender quesillos en la estación de tren desde niño junto a Florinda para mantener el hogar y también intentar adoptar, como lo hace su familia, estrategias de supervivencia en el pueblo y, luego, en la gran ciudad, sin embargo, no cambia completamente su personalidad ni su pensamiento a lo largo del relato (a diferencia de sus hermanas), porque siempre demuestra cariño y respeto por la figura paterna –aunque éste los ignore o tenga actitudes egoístas–, quien es su modelo a imitar cuando crece. Manifestando una actitud distinta de la de Florinda, desdeña la “nueva” personalidad engreída y superada de su hermana después de haber vivido en Buenos Aires y juzga negativamente el lenguaje burlón y las actitudes de los porteños. Todo ello se traduce en un resentimiento que muta su ingenuidad inicial y lo lleva a querer vengarse de ella, al igual que el Cholo, un antiguo “amigo”/novio.

En consecuencia, una noche Florinda es engañada y sometida a un ultraje físico (y, podría deducirse, también sexual) a través de una emboscada preparada por el Cholo y sus compañeros, con el consentimiento encubierto mezclado con algo de satisfacción perversa por parte del narrador y, en cierta forma, también del resto de la familia, que deja pasar el incidente sin controversias:

Después de pasar el cruce vi un bulto en el costado del camino y ahí quedé clavado como un burro empacado. Era la bicicleta del Cholo. ¿...dónde diablos estaban? Nunca tuve tantas ganas y tanto miedo de ver lo que pasaba. Me fui metiendo en el monte. En un claro se veían las siluetas silenciosas y cabizbajas, seguramente alrededor de mi hermana, como si velaran a una difunta. Parecían un grupo de caballos pastando en la oscuridad del monte: silenciosos, lentos y a veces quejumbrosos. [...] Desde allí sentí los pasos de los muchachos que salían al camino. Mi hermana venía atrás. Largaba un lloriqueo de nena y de pronto puteaba a todos con alma y vida. El Cholo montó en su bicicleta y partió adelante. Los otros lo siguieron con la cabeza gacha, sin esa alegría que tenían en la estación. Yo seguí en el suelo y los dejé alejarse. Después me fui detrás de mi hermana. [...] Levanté la cabeza para espiar por la ventana. Mi hermana estaba de espaldas. En pura enagua revisaba los rasgones de su vestido nuevo. La lámpara de querosene le iluminaba el pelo lleno de abrojos y la parte del culo con tierra y hojas secas.²¹

²⁰ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 31.

²¹ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 32-33.

Asimismo, si bien el narrador es considerado un “tonto” que no sabe ganar dinero y al que todos minimizan, hacia el final, él adopta la denominada “viveza criolla” en las calles de la Capital manifestando una aparente candidez que le da réditos: “Compuse mi mejor cara y estiré la mano. Todos pasaban sin mirarme, pero de pronto me encontré con una, dos, tres monedas”.²² Pese a que las hermanas y la madre lo denigran, el protagonista se convierte en un pícaro urbano que, acompañado por su socio Tito el Patas Chuecas, aprende a sobrevivir en la calle mediante la interpretación del papel “de bueno”, de joven necesitado, que provoca lástima en los transeúntes. Con las limosnas recibidas en cantidad comienza a disfrutar de comidas y pequeños placeres que antes no tenía, y que se contraponen a las de su vida en el interior:

Esa mesa parecía de velorio, dos botellas de vino y muchas cosas ricas que mi hermana trajo de Buenos Aires, pero nadie se mostró alegre.²³

Nos sentamos en una lechería. Pedimos café con leche y doble porción de medialunas con dulce de leche. Después contamos la plata. [...] Después caminamos hasta Plaza Once. Entramos en una heladería. Comimos helados tras helados, de siete clases, hasta sentir la panza hinchada y dura como un tambor.²⁴

Todas estas estrategias de supervivencia y sabiduría callejera que desarrollan el protagonista y sus dos hermanas (una de ellas, con dos hijos ya) dedicadas a una profesión marginal, “mal vista”: la prostitución, están enmarcadas por un recorrido/movimiento urbano de estos personajes por distintas calles y barrios de la Capital, a partir de su llegada en tren desde una provincia del norte, posiblemente, cercana a Tucumán:

Después de una noche larguísima y un día entero de tren, se deja atrás Córdoba y Rosario y de vuelta aparecen mucha gente y casas grandes que no terminan nunca y entonces es Buenos Aires. Pero ya era noche otra vez. En la estación Retiro nos esperaba mi otra hermana, la segunda, con un muchacho compadrón que manejaba una camioneta. Y seguimos viajando, ahora por la ciudad, hasta que llegamos a la casa de la Herminda. Eso de casa es un decir, porque se trataba de una casilla de madera.²⁵

Subimos en el ómnibus 150 y nos bajamos en Congreso para caminar por la calle Rivadavia.²⁶

²² Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 36.

²³ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 28.

²⁴ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 36-37.

²⁵ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 35.

²⁶ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 36.

—A lo mejor ella también viene. Pero a quien veo siempre es a la Herminda. ¿O no sabés que sale a yirar todos los días? Sabía de qué se trataba, pero me hice el desentendido. Tito no se dio por vencido y empezó a explicarme con lujo de detalles. Claro que lo hizo adrede para humillarme; me contó el recorrido que hacía mi hermana por Rivadavia, desde Congreso hasta Once, y después por Pueyrredón hasta Sarmiento. Tuve ganas de preguntarle otras cosas, pero la calle terminaba de enseñarme la lección: calladito y con cara de ángel todo iba a salir de lo mejor.²⁷

Por lo tanto, aunque estas jóvenes partieron de su pueblo con la ilusión y la creencia de conseguir un porvenir, en la ciudad continúan viviendo en una villa miseria, con algunas privaciones, y se ven obligadas a prostituirse para ganar dinero, pero no hay cuestionamientos ni tristeza por lo que les toca en suerte (tampoco por parte del narrador), por el contrario, prefieren vivir aquí. En cambio, el hermano a quien se lo minimizaba, rápidamente aprende cómo obtener ganancias sin mayor esfuerzo, sólo actuando con cautela y astucia; y cuando recauda una cantidad importante, quiere volver a su pueblo y ayudar al padre, su referente.

3. Sobrevivir sin importar los medios

De la misma manera, en el relato “El sordomudo” (1966) se retoma el asunto de la muerte, pero en una veta más policial y delictiva, al igual que en “El remolino”, pues el joven discapacitado proveniente de una familia con recursos es víctima de un asesinato a manos de Severino, un ex–boxeador convertido en linyera. Una vez más, la literatura de Kordon hace foco en un personaje marginal en la sociedad, que vagabundea libremente por Buenos Aires y el país, pero comete un crimen para obtener una recompensa.

Al mismo tiempo, este cuento realista es protagonizado por un camionero que transita por distintos puntos de Buenos Aires y los alrededores debido a su oficio de transportador de mercaderías, y además, ambos se encuentran de manera azarosa y fortuita. En compañía de Cachito, el joven sordomudo, realiza diferentes recorridos por las calles de la ciudad y sus regiones suburbanas, que están muy bien detalladas por el sujeto de la enunciación al igual que en otros textos de este escritor argentino:

Al día siguiente volvieron al sur. Después de entregar mercaderías por los alrededores de Constitución, tomaron por la avenida Montes de Oca y cruzaron el Riachuelo por el puente Pueyrredón. Lentamente siguieron la larga fila de camiones sobre los mástiles de las barcas. Aceleraron por la avenida Pavón. Al pasar bajo el

²⁷ Kordon, Bernardo. “Fuimos a la ciudad”. Ob. cit.; 37.

viaducto del ferrocarril el sordomudo señaló la silueta huidiza de una locomotora perdiéndose entre las chimeneas fabriles de Avellaneda.²⁸

Días después fueron a Retiro con una carga de bobinas. Tomaron la avenida que se interna por el flanco del ferrocarril Belgrano. Aristóbulo detuvo el camión al lado de un hombre recostado sobre una vía muerta.²⁹

El relato está dividido en seis partes fragmentarias, en las que se narran en tercera persona omnisciente las experiencias, sentimientos y sensaciones de Aristóbulo Maresca y su ayudante sordomudo. Tal discapacidad imposibilita la comunicación verbal entre ambos, si bien el texto cuenta con bastantes diálogos entre el camionero y otros personajes, como el capataz, en los que aparece el lenguaje coloquial y el típico voseo rioplatense:

–Perdoná que te haya encajado el sordomudo. Lo cierto es que llegó con una carta de recomendación. ¿Qué se le puede decir a los cogotudos de arriba? Le di el puesto y listo el pollo. Me explicaron, eso sí, que entraba sin pretensión alguna. Éste trabaja por prescripción médica o algo así.³⁰

Mientras que en otros momentos, se apunta a la profundización de distintas formas comunicativas como el lenguaje de señas/gestos, los dibujos de Cachito, las imágenes auditivas, las exclamaciones y la interpretación de sensaciones diversas, como las que experimenta el muchacho cuando observa los trenes o el camionero que, lentamente va sintiendo empatía por su compañero quien, al mismo tiempo, lo observa con atención y lo imita:

Los trenes se entrecruzaban en lo alto del terraplén del ferrocarril Roca. [...] El mudo los señaló:

–¡Uuuu! –hizo con los ojos muy abiertos de admiración.

–¿Qué te pasa, pibe?

El mudo insistió en mostrar el tren que desaparecía hacia el sur.

–¡UUU! –aulló como un lobo.

El camionero sintió un escalofrío.³¹

Del otro lado de la avenida corrían los trenes. Aristóbulo se preguntó qué representaría para el sordomudo el paso del tren. Se le ocurrió que todo –el tren

²⁸ Kordon, Bernardo. “El sordomudo”, en *Un poderoso camión de guerra*. Buenos Aires: Blatt & Ríos, 2015; 59.

²⁹ Kordon, Bernardo. “El sordomudo”. Ob. cit.; 62.

³⁰ Kordon, Bernardo. “El sordomudo”. Ob. cit.; 58.

³¹ Kordon, Bernardo. “El sordomudo”. Ob. cit.; 57-58.

como la gente— debía de ser fantasmas. Por primera vez en su vida se imaginó las sensaciones de otro ser y se esforzó en comprenderlas. ¿Y si él se volviese sordo algún día? Miró al muchacho. Le resultó un verdadero alivio encontrarle la mirada alegre (seguramente porque veía pasar los trenes). Lástima que nada podían decirse. [...] El muchacho retiró de un bolsillo dos hojas de papel. Mojó con la lengua la punta del lápiz y se aplicó en trazar rápidamente un dibujo.³²

Paralelamente, la caracterización psicológica de Aristóbulo se modifica a lo largo de la narración, ya que en un principio es soberbio, se cree superior a su ayudante, lo desprecia en cierta manera y se compadece de él por su dificultad. Sin embargo, después siente cariño hacia el muchacho y tristeza e impotencia por su asesinato al costado de la línea del ferrocarril Belgrano, al mismo tiempo que él también va perdiendo la capacidad de hablar y escuchar, mimetizándose con Cachito, volviéndose más humano y más perceptivo al desarrollar otros sentidos:

Se vio en casa, tomando mate mientras la mujer preparaba la cena. Comerían en silencio: poco o nada tenían que contarse.

—Yo también soy como sordomudo —se dijo en voz alta.

El muchacho lo vio hablar y le hizo un gesto de incompreensión.

—Así es —insistió el camionero—. No entendemos nada de nada.³³

Nunca supo cómo lo dejó escapar. El gigante desapareció detrás de un corte de vagones. Pero antes de desvanecerse como un fantasma volvió su rostro con una sonrisa casi imperceptible de culpabilidad. Sólo un sordomudo como se sentía Aristóbulo podía percibir ese halo del alma que asoma a los labios.³⁴

4. Algunas conclusiones

Al decir de Sandra Souto Kustrín, “la juventud es, en muchos aspectos, una caja de resonancia del cambio social y refleja, en una forma más dramática, las luchas que se producen en la sociedad”.³⁵ Esta crisis social se demuestra en los relatos anteriores a través de los protagonistas jóvenes desclasados y/o discriminados en la sociedad burguesa argentina de los años '60 y '70 (época marcada por la violencia, las proscipciones, la desconfianza en los partidos políticos, las dictaduras y los gobiernos civiles ilegítimos, como señala Bettina Favero), particularmente, los vagabundos, las prostitutas o los

³² Kordon, Bernardo. “El sordomudo”. Ob. cit.; 60.

³³ Kordon, Bernardo. “El sordomudo”. Ob. cit.; 67-68.

³⁴ Kordon, Bernardo. “El sordomudo”. Ob. cit.; 71.

³⁵ Souto Kustrín, Sandra. “«El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes». Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras”. Ob. cit.; 191.

personajes que se convierten en nómades a partir de sus viajes y recorridos por la ciudad de Buenos Aires; aquellos “otros jóvenes” que tuvieron que trabajar desde una edad temprana y no tuvieron acceso a la educación en cualquiera de sus niveles.³⁶ Por esta razón, podría decirse que Bernardo Kordon retoma algunos aspectos minúsculos de lo que Mijaíl Bajtín denomina “novela de vagabundeo”, ya que los protagonistas se mueven por espacios disímiles y viven aventuras diferentes, con lo cual el artista expone y describe la heterogeneidad social y espacial de la Capital Federal, los grupos de individuos que conviven en ella (casi todos marginados) y sus formas de vida –los cuenteros, las prostitutas, los que presentan una discapacidad física, etc.–.³⁷ Este detalle de la realidad argentina de esa época está asociado en varios ejemplos a héroes o anti-héroes que sobreviven de cualquier manera, posicionándose fuera de la ley: engañando, asesinando, pidiendo limosnas a sus semejantes, es decir, asimilando y reactualizando la tradición de la literatura picaresca europea según un nuevo contexto de producción.³⁸

En ninguno de los relatos analizados, se evidencia una actitud moralizante, sino un realismo que exhibe una conciencia de época marcada por el cuestionamiento de ciertos valores y prácticas establecidas a partir de los encuentros y desencuentros de estos personajes generalmente “sin voz”, “silenciados” (en palabras de Favero), relegados de la historiografía y de la literatura, pero que ahora cobran un importante protagonismo en estos textos kordoneanos.³⁹ Pese a sus dificultades, están conformes con la vida que les toca en suerte en un ámbito urbano y cotidiano muy bien descrito a partir de indicios de locaciones espacio-temporales precisas –muchas veces, en lugares periféricos–. Con ese objetivo, el autor se detiene en los procesos migratorios de personajes del interior hacia Buenos Aires para encontrar formas de ganar dinero, acompañando las descripciones

³⁶ Favero, Bettina. “Las voces de una juventud silenciosa: memoria y política entre los otros jóvenes durante los años 60 (Mar del Plata – Argentina)”, en *Historia y memoria*, N° 12, enero-junio, 2016; 218.

³⁷ Bajtín, Mijaíl. “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo”, en *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 2013; 197-198.

³⁸ El Diccionario de la Real Academia Española, en su edición de 2012, asocia la palabra *pícaro* a lo bajo, ruin, malicioso, falto de vergüenza, astuto o impúdico, e incluye también a una persona de baja condición, ingeniosa y de mal vivir, protagonista de un género literario surgido en España. Como observamos, el término tiene una fuerte connotación negativa y comenzó a formar parte de la tradición literaria europea a partir de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* (1554). Esta novela anónima inaugura el género de la picaresca, con una técnica narrativa nueva que incorpora el verosímil realista, a diferencia de la literatura pastoril, épica o caballeresca precedente. Podemos mencionar, entre sus rasgos distintivos, la presencia de una autobiografía que narra en primera persona las peripecias de un protagonista inescrupuloso al servicio de varios amos, que lo van guiando hacia el deshonor y la delincuencia.

³⁹ “Las transformaciones en la moral sexual, los cambios en la sociabilidad que evadían el control de los adultos, la declinación de la tutela de los padres y del mandato familiar, entre otros, eran los elementos que marcaban un antes y un después”. Favero, Bettina. “Las voces de una juventud silenciosa: memoria y política entre los otros jóvenes durante los años 60 (Mar del Plata – Argentina)”. Ob. cit.; 226.

minuciosas con imágenes olfativas y gustativas que complementan la fragilidad existencial de estos antihéroes.

5. Bibliografía

Abbate, Florencia. “La exploración de líneas heterodoxas. Enrique Wernicke, Bernardo Kordon, Arturo Cerretani, Alberto Vanasco”, en Jitrik, Noé (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé, 2004; 573-597.

Alpízar, Lydia y Bernal, Marina. “La construcción social de las juventudes”, en *Última década*, N° 19, CIDPA Viña del Mar, noviembre 2003; 105-123.

Bajtín, Mijaíl. “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo”. En *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 2013; 197-198.

Favero, Bettina. “Las voces de una juventud silenciosa: memoria y política entre los otros jóvenes durante los años 60 (Mar del Plata – Argentina)”, en *Historia y memoria*, N° 12, enero-junio, 2016; 215-252.

Kordon, Bernardo. *Un poderoso camión de guerra*. Buenos Aires: Blatt & Ríos, 2015.

Sebrelí, Juan José. “Los relatos de Bernardo Kordon”, en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997; 139-155.

Souto Kustrín, Sandra. “«El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes». Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez* [En ligne], 2004, 34-1; 179-215. Disponible en: <http://mcv.revues.org/1190>.